

# LA ARTICULACIÓN DEL **ESPACIO IBEROAMERICANO**<sup>1</sup>

José Luis Dicenta

**1. Permítanme** que mis primeras palabras sean de agradecimiento a los organizadores de este ciclo de encuentros, especialmente a los amigos Tomás Mallo y Ernesto Barnach-Calbó. Se habla y escribe sobre América Latina y sobre el proceso iberoamericano mucho menos de lo que se debería y a eso debemos en buena parte, sin duda alguna, el escaso conocimiento recíproco que se tiene aquí de la historia, la cultura y la realidad de aquel continente. Un desconocimiento que actúa además en un doble sentido, horizontal y vertical. Horizontalmente, entre Latinoamérica y España-Portugal, aunque sigo creyendo que los países del otro lado del Océano nos conocen mejor a nosotros que viceversa. Y verticalmente, porque tampoco los pueblos latinoamericanos se conocen suficientemente entre ellos mismos. Y esto es tanto más sorprendente e injustificable cuanto que compartimos, de alguna forma, una identidad. La *identidad latinoamericana* es un hecho evidente, aunque no del todo estructurado, sino avanzando en ese proceso. Por otra parte, dentro de Latinoamérica hay una segunda dimensión identitaria, la indígena, cuyo tratamiento sigue siendo una asignatura pendiente. Hay más de cien millones de afrodescendientes en Latinoamérica y casi 30 millones de indígenas en condiciones de cierta exclusión, pese a los importantes avances que se han producido en los tiempos más recientes en algunos países. Pero no es menos cierto que existe también una *identidad iberoamericana*, cuyo reforzamiento y consolidación son precisamente los objetivos básicos del proceso de las Cumbres, como veremos luego.

**2.** Durante mucho tiempo, el diálogo de civilizaciones puso en evidencia el monólogo de la “civilización” y el silencio de la supuesta “barbarie”: se consideraba que no existían civilizaciones fuera del cinturón europeo y que si las había –China, Japón, el mundo islámico– formaban parte de un pasado agotado, por lo que había que acercarlas a la modernidad de la “civilización occidental”. Esa misma era también, por supuesto, la actitud de España en relación con las culturas del Nuevo Mundo, hasta que se cayó en la cuenta de que el diálogo sólo podría iniciarse cuando se dejara de imponer el monólogo de una supuestamente única y superior civilización.

La idea de América Latina se acabó convirtiendo en una triste celebración por parte de las élites criollas de su supuesta inclusión en la “modernidad”, cuando lo que estaba realmente ocurriendo es que se estaban hundiendo cada vez más en la lógica de la “colonialidad”. Así, la independencia puso fin al colonialismo externo y alumbró otra forma de colonialismo: el interno, que dio la espalda al indigenismo y a los afrocaribeños. De ahí que resulte difícil hablar de América Latina como una realidad objetiva, ya que se trata más bien de un proyecto político creado, ideado, por europeos de origen latino, en el que el tan voceado mestizaje ha sido más bien un espejismo, puesto que la mezcla de sangres no fue acompañada de una mezcla también de concepciones del mundo.

El proceso de articulación de un espacio iberoamericano surge como un proyecto viable y moderno a partir del momento en que las tradicionales creencias a las que acabo de aludir se desmontan, aunque sólo sea de forma gradual y paulatina y siempre con múltiples reservas. Los países hispano y luso parlantes de América Latina, junto con Portugal y España, deciden trabajar juntos para estructurar una comunidad que, aprovechando el bagaje de cosas que nos unen, como son las lenguas, cultura e historias compartidas (llenas de confrontaciones e injusticias, sí, pero compartidas sin lugar a dudas), fuera capaz de presentarse ante la comunidad internacional como un bloque unido y capaz de operar activa y eficazmente en el escenario internacional. En un momento de consolidación de la globalización, sólo los países con grandes espacios naturales, como EEUU, Rusia o China, o “artificiales”, como es el caso de la Unión Europea, tienen posibilidad de contar con un peso específico en la Comunidad de naciones. Vivimos además en un mundo que ha pasado de una economía del “hardware”, basada en la producción de productos, a otra del “software”, más activa en la producción de conocimientos y servicios. Y en este mundo es fundamental la capacidad y la rapidez de la comunicación. Ningún otro grupo de países en el mundo cumplía como el bloque iberoamericano con todas las condiciones requeridas para construir ese gran espacio. Porque contamos en efecto con una base comunicacional común y contamos también con una proximidad de valores y objetivos.

La esencia de la articulación de un espacio iberoamericano estriba en saber dar cauce a un potencial que está ahí, que

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en El Ateneo de Madrid, el 25 de enero de 2016.

## Los proyectos de integración regional sólo pueden salir adelante si la ciudadanía los vive como propios, como positivos o beneficiosos

ya existe: la interconexión de nuestras respectivas sociedades, que nos puede permitir configurar un horizonte colectivo. Porque se trata de un proyecto de vinculación de sociedades, en el que la ciudadanía es el motor principal y también de un proyecto cuya culminación permitiría reforzar el capital y el peso específico de todos y cada uno de los Estados que integran el conjunto iberoamericano. Cuando empezó a hablarse de construir una Europa unida, la Declaración Schuman del 9 de mayo de 1950 declaró que “Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará únicamente gracias a las realizaciones concretas que creen, en primer lugar, una solidaridad de hecho”.

3. Realizada esta introducción, lo cierto es que tanto el proceso europeo como el proyecto iberoamericano parecen atravesar en la actualidad por momentos críticos, como consecuencia de la crisis que estamos viviendo, que yo me atrevería a calificar de sistémica, es decir, estamos viendo que el sistema de vida que nos hemos dado y que nos gobierna tiene graves fisuras que nos conducen a situaciones absolutamente indeseables. De la misma forma que en 1989 el mundo llamado “Occidental” se apresuró a certificar el fracaso irremediable del sistema comunista, hoy resulta cada vez más difícil defender que vivimos una simple crisis episódica del sistema capitalista.

Quizás sería más correcto, en ambos casos, hablar del fracaso de la aplicación político-económica de ambos sistemas, lo cual significa que ambos necesitan la introducción en su funcionamiento de sustanciales cambios para servir al objetivo de crear sociedades con un desarrollo sostenido y participativo, con énfasis especial en la cohesión social y en la distribución equitativa de la riqueza.

A estas alturas, parece claro que el neoliberalismo es una eficaz maquinaria de producción de expectativas negativas que parece pretender que las grandes masas populares desconozcan las verdaderas razones de su sufrimiento, se conformen con lo poco que aún tienen y vivan paralizadas por el miedo a perderlo. Un sistema que genera más miedo que esperanza es un sistema tocado de ala. Pero ese no el tema de esta charla.

Tras una década de crecimiento ininterrumpido, también Latinoamérica, igual que Europa, ha entrado en una fase de crisis. El FMI espera una recesión del 0.3% este año, habiendo realizado una revisión a la baja de más de un punto porcentual en los escasos últimos cien días. Se



José Luis Dicenta Ballester

especula con que la economía de Brasil, importante motor del desarrollo continental, pueda caer un 3.5% este año. El bajo precio del petróleo y de las materias primas y los riesgos del repliegue final de los estímulos monetarios de EEUU, agravan los problemas de deuda de muchas economías latinoamericanas con pasivos denominados en dólares. El problema para América Latina no es, por tanto, la tasa de crecimiento de China, que seguirá siendo próxima al 7%, sino la deflación de Occidente y la tasa de interés de EEUU.

En esta situación, se reduce la posibilidad de consolidar las emergentes clases medias del Continente (más de 150 millones de personas); desaparece la confianza en las instituciones (un intangible de irreemplazable importancia en la política democrática); y el sistema se va descubriendo desnudo y escindido entre unos dirigentes que despiertan poca credibilidad y una ciudadanía en la que, como decía antes, se va instalando el miedo. Y en el centro del debate político, vuelve a situarse el paradigma de la redistribución de la riqueza, de la creciente desigualdad, de la corrupción y del mal uso del dinero público. Como alguien ha dicho, es una situación próxima al “nihilismo político”, caldo de cultivo ideal para el desarrollo de los populismos de todo signo y de las promesas a menudo inconsistentes para tratar de encauzar el descontento colectivo. Estas características se producen al mismo tiempo en ambos lados del Atlántico, salvando las distancias lógicas de los respectivos desarrollos.

4. Así pues, lo que está ahora mismo en juego es la supervivencia y consolidación de democracias auténticas y dignas de ese nombre. Y si no somos capaces de introducir los correctivos necesarios a tiempo, el siglo XXI alumbrará el nacimiento de democracias de baja intensidad, de dictablandas o de democraduras. Los gobiernos de izquierda, aquí y allá, han centrado su crítica en la corrupción, es decir, en la inmoralidad del sistema capitalista, y no, como debieran hacerlo, en la injusticia

sistemática de un modelo de dominación que se puede practicar con perfecto cumplimiento de la legalidad y la moralidad vigentes en el mundo capitalista.


Por su parte, en América Latina, el modelo desarrollista, caracterizado por la exportación de materias primas y la degradación ambiental, aparece desgastado e incapaz de dar respuesta a los problemas. A su vez, los gobiernos denominados progresistas parecen tener dificultad en entender las nuevas formas de acción y movilización ciudadana. Se mantiene un relato revolucionario, pero se envuelve en las prácticas políticas conservadoras e incluso neoliberales de la “real politik”. Hábilmente, los sectores más inmovilistas se adaptan, se maquillan, adoptan un nuevo “marketing” trufado de apropiaciones narrativas del relato del enemigo. Avanzan las ideologías consumistas y el consenso del desarrollo, se abandonan las agendas campesinas, indigenistas y obreras, se trata a la disidencia como una forma de radicalismo contrario a los intereses nacionales, se reemplaza la clase trabajadora y los movimientos sociales o indigenistas, como “YoSoy132” en México o “VenPraRua” en Brasil, por otros conceptos más acordes con la tradición y el conservadurismo, y la izquierda pierde a menudo la bandera de la ética contra la corrupción.

5. Esta situación no sólo desconcierta sino que produce una inevitable ralentización de los procesos de creación de entidades supranacionales, como el espacio iberoamericano, que exigen la confianza, el entusiasmo y apoyo de las sociedades respectivas, aparte del apoyo político-económico de sus gobiernos. A la Cumbre de Guadalajara de 1991, donde nace aquel proyecto, han seguido Cumbres anuales (bianuales a partir de la próxima Cumbre de Colombia) que han visto cómo paulatinamente se iba reduciendo el número de Jefes de Estado asistentes, por razones políticas en muchos casos, por el avance y proliferación de los procesos regionales en otras ocasiones, por el abarrotamiento de cumbres, la duplicación de cometidos y aspiraciones, el notable debilitamiento de la política exterior de España en Latinoamérica, el traslado de la influencia de Europa y EEUU hacia Asia y el Pacífico, las grandes promesas y los pobres resultados de muchos proyectos.

Por supuesto, la creación de una Secretaría General de las Cumbres, desempeñada con indudable éxito, entusiasmo y capacidad por su primer Secretario General, Enrique Iglesias –y en la actualidad por Rebeca Grynspan–, ha sido fundamental para que el proceso siga en pie, pese a todas las dificultades. Sin ello, podríamos estar recapitulando aquí la historia de un proyecto desaparecido. El esfuerzo y convicción de la SEGIB hizo posible el nacimiento de proyectos importantes, como el Centro Iberoamericano de Desarrollo Urbano, la Televisión Educativa, el CYTED,

Intercampus, el Programa MISTRAL, los IBERENCUENTROS, IBERMEDIA, el ERASMUS iberoamericano, y tantos otros. Ciertamente es que algunos de ellos no se llegaron a materializar o no alcanzaron los objetivos esperados, debido a fallas operativas, de financiación o de otra índole. Pero la falla fundamental ha sido, en mi opinión, la falta de conocimiento mutuo de las respectivas sociedades. Latinoamérica sigue siendo para los españoles, en buena medida, una gran desconocida. El español no sabe en general definir lo que significa, qué países la conforman, habla de Iberoamérica cuando debería hablar de Latinoamérica o viceversa y desconoce en buena medida la historia y la cultura de esos países. Diré de paso que esa autoexclusión del español de los grupos regionales a los que pertenece de pleno derecho se da también en el caso de la Unión Europea o, mejor aún, de Europa. Aquí seguimos hablando de Europa como si fuera algo ajeno a nosotros, “en Europa esto o lo otro no ocurre”, como si España no fuera parte de esa realidad. Para definir con cierta precisión nuestra propia identidad deberíamos empezar por saber con claridad dónde estamos situados y a qué clubs regionales pertenecemos, es decir, de dónde venimos y adónde queremos ir. Y mucho más en estos momentos de crisis, cuando España ya no cotiza en Latinoamérica como lo hacía en Guadalajara 1991, sino que está empezando a cotizar más bien a la baja.

6. Hay un último punto que quisiera señalar brevemente: los proyectos de integración regional sólo pueden salir adelante si ponen en marcha proyectos que la ciudadanía viva, en primer lugar, como propios, y en segundo lugar, como positivos o beneficiosos. Son dos condiciones ineludibles para sentirse partícipe del proyecto. Sigo creyendo que el proyecto iberoamericano es el gran proyecto de la política exterior española en este siglo y que América Latina no es una zona desahuciada para la modernidad por sus querellas tribales o sus maldiciones bíblicas, un desierto o una selva donde se hallan entronizados el crimen, la droga y la guerra. América Latina es un polo excéntrico de Occidente, como escribió Enrique Krauze, pero ES Occidente. Y para seguir siéndolo necesitará mandar al basurero de la Historia todos los paradigmas de su retraso ancestral.

Ortega dijo que “toda realidad que se ignora prepara su venganza”. Pues bien, hagamos un esfuerzo para llevar a buen término este proyecto, que sería tanto como completar el iniciático mestizaje limitado a nuestras sangres. Una positiva lección para el mundo. 

---

**José Luis Dicenta Ballester.** Diplomático español. Fue Secretario de Estado para la Cooperación Internacional del gobierno español, cargo con el que participó en la organización de las primeras Cumbres Iberoamericanas, celebradas al calor de los Quinientos Años del Encuentro de Dos Mundos. Fue Embajador en Perú, en Colombia, en México, en Italia y Secretario General de la Unión Latina, organización intergubernamental con sede en París, Francia. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.